11723

Vanidad y

Pobreza.

17

VANIDAD Y POBREZA.

VANIDAD Y POBREZA,

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

D. JOSÉ MARIA GUTIERREZ DE ALBA.

Representada por primera vez con general aplauso en el teatro del Circo en 11 de Febrero de 1860, á beneficio del primer actor D. Antonio Capo, destinando sus productos á los heridos del ejército de África.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1860.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/vanidadypobrezac25517guti

Á MI QUERIDA ESPOSA

LA SEÑORA

DOÑA MATILDE PEREZ DE MARURE.

Entre las muchas razones que tengo para dedicarte con el mayor placer esta obra, son las principales: la de ser la primera que he escrito á tu lado, y la de haberme enseñado tú, con tu ejemplo, que existen en la tierra ángeles de virtud y de caridad, cuyo mayor placer consiste en prestar sigilosa y modestamente algun socorro á la indigencia.

Mas de una vez, á la simple lectura de estas páginas, te he visto llorar conmovida: ese solo triunfo seria bastante para dar por bien empleadas mis tareas. Si el público, al escucharlas, siente lo que tú, y premia mis afanes siquiera con un aplauso, para tí será, esposa mia, pues tu bondadoso corazon ha sido la fuente de mis inspiraciones.

José María Gutierrez de Alba.

669072

PERSONAS.	ACTORES.
LUISA, 20 años.....	Doña Adela Alvarez.
ISABEL, id.....	Doña Rosa Tenorio.
EL TIO MIGUEL, 70.	D. Antonio Capo.
TEODORO, 30.....	D. José Ortiz.
TOMÁS, 25 á 30.....	D. Ricardo Morales.
EL BARON, 50.....	D. Benito Chas de Lamotte.
EDUARDO, 28.....	D. Juan Casañé.
D. JUDAS, 40.....	D. Antonio Vico.
ENRIQUE, 25 á 30...	D. José Laplana.
EUGENIO, id.....	D. Manuel Beas.
UN LACAYO.....	D. Ramon Benedí.

Señoras, caballeros, criados.

La escena pasa en Madrid, en nuestros dias.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de la galeria dramática y lirica titulada El Teatro, *son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Francisco Lopez de Arguita

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon de una casa decentemente amueblada. Puerta al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, EUGENIO, TEODORO, el BARON.

EUG. ¿No sabemos todavia
á punto fijo la hora
en que ha de verificarse
la conyugal ceremonia?
TEOD. Creo que vá muy despacio.
Mientras se arregla la novia...
ENR. ¿Y Eduardo?
BAR. Está allá dentro
con la tarea enojosa
de convencer al buen tio,
que total empeño forma
en que aqui no han de casarse.
TEOD. ¿Pues en dónde?
BAR. En la parroquia.
TEOD. ¡Idea mas peregrina!...
BAR. Hijos, cada cual se porta
como quien es.
TEOD. Está claro.

669072

EUG. (Al Baron.)
¿Y usted consiente?
BAR. ¡Yo! Hay cosas
que uno hace porque es preciso,
por ejemplo, lo de ahora.
TEOD. Al fin usted representa
aquí...
BAR. La parte mas floja;
que en el tiempo que corremos,
época calamitosa,
muy poco vale la alcurnia
y valen mucho las onzas.
TEOD. Usted es tio del novio,
Baron.
BAR. Él lo es de la novia.
Yo soy pobre, él es muy rico;
y aunque lleva en esta boda
la ventaja de enlazar
su sangre con sangre goda,
mi sobrino tambien lleva
la del dote de la novia,
que es un dote respetable.
TEOD. ¿Con que el viejo tiene mosca,
eh?
BAR. De América ha traido
una fortuna que asombra.
TEOD. Y que hace olvidar su orígen.
BAR. Pues hoy ¿qué mancha no borra
el dinero? El chico hace
con ella una suerte loca.
EUG. Claro.
BAR. Y por eso se casa.
Lo demas fuera una droga.
EUG. ¿Y qué tal la Isabelita?
BAR. No deja de ser graciosa;
pero algo fátua. El buen viejo,
mas que quererla, la adora;
y como de su familia
es ya la única persona
que queda, la mima mucho,
y cuanto pide la otorga.
Mi sobrino, segun pienso,

y segun confesion propia,
se casa, porque ya el agua
le vá llegando á la boca.
Su patrimonio ha gastado,
y á vivir no se conforma,
y hace bien, como el pobrete
que jamás tuvo una dobla.
Encontró esta coyuntura;
por él la chica está loca;
el matrimonio lo saca
de apuros, que ya le ahogan;
vé ante sus ojos abrirse
un nuevo campo de gloria,
de placer y de ventura,
que ya miraba remota,
y hace el negocio, y no mira
si ella es discreta ó es tonta,
ni si la sangre del tio
es azul, es verde ó roja.

TEOD. Y hace bien. Asi tendremos
fiestas, bailes, comilonas...
y dure lo que durare,
que al fin la vida es muy corta.

BAR. Eso es lo que yo le digo.
¡Oh! y él mis consejos toma.
¡Qué diablo! Si no se saca
del mundo, al fin, otra cosa.
El tio Miguel, por ejemplo,
ó don Miguel, como ahora
le llaman, desde que vino
con sus muchas peluconas,
¿de qué ha gozado en el mundo?
De nada. Su vida toda.
la habrá pasado hecho un mártir,
y atesora que atesora,
para que mi buen sobrino
saque á luz en pocas horas
lo que él tardó muchos años
en ir poniendo á la sombra.

TEOD. Lo malo será que el viejo
al cabo tasa le ponga.

BAR. Todo está previsto, amigo;

y se harán tan bien las cosas,
que cuando quiera ponerla,
no habrá remedio. Es mi obra;
y no me hareis la injusticia
de creer que asi lo exponga
á sufrir, hoy ó mañana,
una humillante derrota.

EUG. Baron, es usted un lince.

BAR. Ya la experiencia me sobra,
y he jugado bien el lance,
por lo mucho que me importa.

TEOD. Yo, si alguna vez me caso,
acudiré sin demora
al Baron, para que arregle
los contratos de mi boda.

EUG. Yo, desde ahora le faculto
para que me busque novia.

BAR. Silencio, que aqui se acercan.
Callad, no sea que nos oigan.

ESCENA II.

DICHOS, MIGUEL y EDUARDO; este en traje muy elegante; aquel modesto y sencillo.

MIG. (Saludando.)
Señores, muy buenos dias.

TODOS. Felices.

MIG. Señor Baron...
(Estrechándole la mano.)

BAR. (Presentando los tres.)
Estos los amigos son...

MIG. (Á Eduardo.)
¿Que tú presentar querias?

EDUAR. (Presentándolos.)
Don Eugenio del Villar,
don Enrique Gil Robledo,
don Teodoro de Toledo,
vizconde del Encinar.
Espero que usted los cuente,
pues ya conoce sus nombres...

MIG. ¿Qué me importa, si son hombres

de bien? Lo demas, corriente.
(Á ellos.)
Tengo una satisfaccion...
(Tendiéndoles la mano.)

TEOD. ¡Oh! la nuestra no es escasa.

MIG. Cuanto hay dentro de esta casa
está á su disposicion.

LOS TRES. Gracias.

MIG. Andar con empachos
y cumplidos me importuna.
(Á Eduardo.)
Pero los tres, por fortuna,
parecen buenos muchachos.
Nada, amistad y franqueza.

TEOD. Usted nos honra en extremo.

MIG. Soy tan franco y tan... que temo
abusar de mi llaneza.
Ella fué siempre mi norte,
y como viejo y machucho,
señores, me cargan mucho
los cumplidos de la córte.
Esto será una herejía;
seré, al decirlo, imprudente,
y mucho mas entre gente
de elevada gerarquía;
pero este es mi natural,
francote, como lo ven;
unos dirán que hago bien,
otros dirán que hago mal.

TEOD. Es usted un hombre sano
de corazon.

TODOS. Si.

MIG. Convengo.
por hombre de bien me tengo;
hombre de bien liso y llano.
En serlo mi orgullo fundo;
de otra cosa no blasono,
aunque hoy... cuento ya en mi abono
lo que mas vale en el mundo.
¡El oro! gracias á él,
me llaman por donde quiera
don Miguel, cuando ayer era,

por ser pobre, el tio Miguel.
Yo de estas cosas me rio,
y aun me causan compasion
los que hoy llaman señor don
al que ayer llamaban tio.
Si asi piensan adular
mi amor propio, es excusado,
porque nunca me he olvidado
de aquel antiguo cantar:
«Es el don del pobre hidalgo
»como el don del algodon;
»que no puede tener don
»sin tener antes el algo.»
Por lo cual no considero,
al verme llamar asi,
que ese don es para mí,
sino para mi dinero.

BAR. Hoy distinta posicion
ocupa usted en el mundo.

MIG. En eso mismo me fundo,
para reirme, Baron.
Las cosas andan revueltas,
y el que hoy gran posicion tiene,
mañana á perderla viene;
que el mundo dá muchas vueltas.
Veinte años vá á hacer ahora
que aqui un golpe me asestaron...
y hubo muchos que ayudaron
aquella mano traidora.

TEOD. ¿Un golpe?

MIG. Si, y no lo olvido;
ni un instante, á mi pesar.
El lance os voy á contar,
que es digno de ser sabido.
Tengo muy buena memoria,
cosa comun en los viejos,
y lo tomaré de lejos
para comenzar mi historia.
Huérfano y solo quedé
desde una edad bien temprana,
y tarde, noche y mañana
para vivir trabajé.

Y, á fuerza de mil apuros,
cuando en la vejez ya entraba,
de economías contaba
sobre unos cuatro mil duros.
Con mi fortuna dichoso,
la vejez no me afligia;
todo el barrio me tenia
por honrado y laborioso;
pero nadie sospechaba
que, á costa de privaciones,
aquellos tristes doblones
en mi gaveta guardaba.
Frente de mí, por mi mal,
un comerciante vivia,
á quien el mundo creia
honrado, puro y cabal.
Confiado en su buen nombre,
mi secreto le fié,
y mi fortuna dejé
en las manos de aquel hombre;
mas la ambicion le tentó,
y, sin conciencia ninguna,
apropióse mi fortuna,
y el depósito negó.
Á la justicia acudí,
pero triunfó su malicia,
y, engañando á la justicia,
al fin ganó y yo perdí.
Viendo mi suerte inhumana,
lamenté en vano mi suerte,
y por no darle la muerte
me embarqué para la Habana,
donde Dios, siempre piadoso,
tanto me ha favorecido,
que volver me ha permitido,
como sabeis, poderoso.

TEOD. Dios premia siempre al que honrado
vive en el mundo.

MIG. Asi creo;
y, al verme como me veo,
gracias mil veces le he dado.

BAR. Él ha dispuesto sin duda

hacer feliz su vejez.

MIG. Así lo espero esta vez
de Eduardo con la ayuda.
Al regresar á la córte,
mi única familia era
ya Isabel, niña hechicera,
cuya ventura es mi norte.

TEOD. ¿Y á nadie tiene usted mas?

MIG. Cuando de aquí me alejé,
una esperanza dejé;
pero ¡ay! el dolor quizás,
dolor agudo y prolijo,
á una infeliz consumió,
y por siempre me privó
de mi esposa y de mi hijo.

TEOD. ¿Era usted casado aquí?

MIG. Iba á serlo muy en breve,
cuando por aquel aleve
en la miseria me ví.
Entonces entró el combate
de mi amor con mi conciencia,
y dije al fin: la indigencia
á un hombre solo no abate.
Y aplacé mi matrimonio,
aunque era grande mi afan,
porque casarse sin pan
es entregarse al demonio.

TEOD. Pero cuando ya de suerte
mejoró usted...

MIG. El destino
habia alzado en mi camino
la barrera de la muerte.
Justo castigo de Dios,
que, quizás para probarme,
á un tiempo quiso privarme
del cariño de los dos.
Pero fué menos cruel
de lo que yo merecia,
pues me dejó todavía
un ángel en Isabel.
Ella mi dolor ahuyenta
y enjuga el llanto en mis ojos,

ella calma mis enojos,
cuando el pesar me atormenta.
De padre el amor profundo
siento hácia ella, si la abrazo;
ella es el único lazo
que me detiene en el mundo.
Es jóven; brillar desea,
y brillará cual ninguna,
cuando toda mi fortuna
con su marido posea.
(Á Eduardo.)
Ya todo es vuestro, hijo mio;
mi vida será muy corta,
y el mundo poco me importa;
solo la quietud ansio.
Yo, metido en mi rincon
sin cuidados ni zozobra,
al mirar que todo os sobra,
satisfaré mi ambicion.
Nada tengo desde hoy;
vuestro afecto es lo que quiero,
y, por si mañana muero,
desde ahora mi hacienda os doy.
Haced de ella lo que os cuadre
y cumplid vuestros antojos,
con tal que cerreis mis ojos
cual si fueran los de un padre.
Entre tanto, si no os pesa,
ya que poco he de durar,
dadme un cuarto en vuestro hogar
y un asiento en vuestra mesa.

EDUAR. Nuestro mayor regocijo
será el verlo á nuestro lado
de dicha siempre colmado:
yo para usted seré un hijo.
Y no dudo que Isabel
mi afecto secundará.

MIG. Poco tiempo os durará
el pobre del tio Miguel.
Si me amais de corazon
y á mi vejez dais consuelo,
Dios, que os mira desde el cielo,

on dará su bendicion.

ESCENA III.

DICHOS, TOMAS, LUISA.

LUISA. ¿Nos dan ustedes permiso?
MIG. Adelante.
LUISA. Entra, Tomás,
que este señor es muy bueno
y no se incomodará.
(Entrando.)
Buenos dias.
MIG. ¡Ah! Es Luisa,
la modista del portal.
(Á ellos.) Una excelente muchacha.
No hay que detenerse. Entrad.
LUISA. Venimos á ver la novia
y á usted. Si hemos hecho mal,
usted se tiene la culpa,
que ayer me dijo, al entrar,
que subiéramos.
MIG. Es cierto.
LUISA. Pues, yo le dije á Tomás,
que es mi novio, hoy no trabajas;
es preciso festejar
la boda que se celebra
en el cuarto principal.
La señorita y su tio
me han convidado...
MIG. Es verdad.
LUISA. Y son señores muy llanos.
BAR. (Ap.) El convite es singular.
MIG. En eso hacemos, Luisa,
nuestro deber nada mas.
Señores, esta muchacha
es un tipo de bondad...
LUISA. Siempre está usted con lo mismo.
MIG. Lo que has hecho he de contar,
para que sepan quién eres.
LUISA. Vamos, esto es por demas.
(Á Tomás.)

Siempre ha de tener el gusto...
(Á Miguel.)
¿No se puede usted callar?

MIG. Hace tres meses, señores,
tuve yo una enfermedad,
que á las puertas de la muerte...
casi muerto estuve ya.
Quince dias con sus noches,
sin dormir ni descansar,
á la cabecera tuve
un modelo de piedad,
sin separarse un instante,
á no ser para rezar
por mi salud. Ella ha sido
mas bien ángel tutelar
que mujer para el anciano,
á quien no debia mas
que un saludo afectuoso.

LUISA. Y qué, ¿era poca bondad
hablarme con tanto afecto,
y pararse á preguntar
por mi salud?

MIG. (Ap.) ¡Pobrecilla!
¡Qué gratitud, qué humildad!
(Alto.) Ya veis cuál era el motivo
de su conducta leal.
Por mí abandonó contenta
sus quehaceres y su hogar,
con un afecto tan puro,
que un hijo no hiciera mas.
Y al fin, cuando sus cuidados
y afanes quise pagar,
pobre, rechazó mi oferta,
y con noble dignidad
me dijo: «Lo que yo he hecho
Dios me lo ha pagado ya;
que no se pagan con oro
las obras de caridad.»
En vano fueron mis ruegos,
pues no los quiso escuchar,
ni recibir ha querido
mas premio que mi amistad.

TEOD. Esa conducta es muy noble.
BAR. (Ap.) Otras miras llevará.
Para el tonto que se crea
tanta generosidad.
LUISA. (Á Miguel.)
Tiene usté el gusto de verme
como la grana.
MIG. No tal,
tengo el deber de hacer pública
tu conducta singular,
para que todos te estimen
en lo que vales.
LUISA. Tomás,
tú sabes que siempre he hecho
lo mismo en la vecindad,
cuando algun enfermo ha habido.
¿En dónde estamos quizás?
¿Pues qué, no somos cristianos?
Mañana, si Dios me dá
la misma suerte, conmigo
de igual manera obrarán.
TOM. Y si no lo hacen ¿qué importa?
Á fé que el que arriba está
lo bueno ó malo que hacemos
es el que lo ha de pagar.
TEOD. El jóven tambien se explica.
Extraña moralidad
es en gentes de su clase...
TOM. Caballero, Dios nos dá
á todos conocimiento
para obrar bien ú obrar mal.
Lo mismo al pobre que al rico
ha impuesto la caridad.
Esto se aprende en la escuela,
y el que lo llega á olvidar,
tan culpable es, siendo un pobre,
como siendo un... Preste-Juan.
MIG. (Á Tomás.)
Dame la mano, hijo mio.
Ven, Luisa, ven acá.
Tu eleccion es... como tuya.
Dios os dé felicidad,

como ambos la mereceis. (Pausa.)
¿En qué se ocupa Tomás?

LUISA. Es carpintero.

MIG. ¿Si?

TOM. Para
lo que usted guste mandar.

MIG. ¿Y cuándo os casais?

TOM. Muy pronto,
si Dios quiere.

LUISA. Es ya oficial,
y cuando tenga un taller
y parroquia regular
nos casaremos al punto.
Él deseándolo está.

MIG. (Con bondad.)
Y tú tambien, picaruela.

LUISA. ¿Y por qué lo he de negar?
Si por mí fuera, ya hay tiempo ..

MIG. Comprendo bien dónde está
su repugnancia, y me encargo
del taller... y de algo mas.

TOM. Le doy á usted muchas gracias,
mas no lo puedo aceptar.
Cuando yo lo gane, entonces.

LUISA. Nadie le convencerá,
y en ello soy muy gustosa.

MIG. Respeto su dignidad,
y ahora vale mas que nunca
para quien sabe apreciar
el móvil que le detiene.
Pero Isabel tarda ya.
Voy á ver cuál es la causa...
Ven, Luisa y la verás.

TOM. Yo, con permiso de ustedes,
me retiro.

MIG. ¿Adónde vá?

TOM. Mi padre me está aguardando.
No quiero hacerle esperar.

MIG. Pero volverá usted luego.
Cuente usted con mi amistad,
y disponga...

TOM. Muchas gracias.

MIG. Que venga usted.
LUISA. Sí vendrá.
(Vánse Luisa y Miguel por el foro izquierda y Tomás por la derecha.)

ESCENA IV.

EL BARON, EDUARDO, TEODORO, EUGENIO, ENRIQUE.

BAR. ¿Sabes, chico, que tu tio
está bien relacionado? (Con ironia.)
EDUAR. Á su edad es ya imposible
olvidar ciertos resabios
de la educacion.
BAR. Comprendo,
por mas que parezca extraño,
que en otro dia cualquiera
nos hubiera presentado
esa pareja sublime,
que son de virtud un pasmo;
pero hoy, cuando se celebra
un tan importante acto;
cuando lo mas escogido
de la córte se ha dignado
acudir á honrar su casa...
¿Qué dirán los convidados
que allí dentro nos esperan?
Ya siento haberme mezclado...
Nos hará alternar con ellos,
y al fin se dará un escándalo.
Él su amistad les ofrece;
ellos vendrán sin reparo,
y tendrás que renunciar
de ciertas gentes al trato;
que con una... modistilla
no han de estar...
EDUAR. ¿Y qué me hago?
Mañana será otra cosa.
Daré órden á los criados...
pero hoy, tio, es imposible.
BAR. Pues ya ves que es necesario
tomar algunas medidas.

Señores, en ciertos actos,
siquiera por el decoro...
¿No es verdad?

ENR. Cierto.

EUG. Está claro.

BAR. ¿Quién alterna con tal gente?

TEOD. Mi dictámen es contrario.
Á nadie cedo en nobleza
ni en posicion; pero hay casos
en que alternaré gustoso
con el mas pobre artesano,
si á mis ojos se presenta,
como ese, digno y honrado.
Los tiempos, amigos mios,
por nuestra culpa cambiaron,
y pergaminos sin obras
tienen valor muy escaso.
Si todos como nosotros
fueran... ¡Os reis! ¡Qué diablos,
es fuerza hacernos justicia!
Aquí cinco nos juntamos,
que entre todos no valemos
lo que ese pobre muchacho.
¿Qué bien hemos hecho al mundo?
¿Qué tenemos? ¿Qué esperamos?
El Baron, que por su edad
ha podido aventajarnos,
entre plácemes y orgias
su patrimonio ha gastado,
y hoy se encuentra viejo y pobre.

BAR. ¡Teodoro!

TEOD. Voy á hablar claro,
y á hacer en cuatro palabras
nuestros perfectos retratos.
Tú, Eduardo, no te enfades,
has seguido paso á paso
las huellas de tu buen tio;
tienes veintinueve años
y ya el mundo te desecha
porque estás pobre y gastado;
por lo cual, si esta fortuna
no te viniera á las manos,

solo tenias ya el recurso
de darte un pistoletazo.

EDUAR. ¡Teodoro!

TEOD. Eugenio y Enrique
si algo mas han conservado,
es porque viven sus padres
y no han podido gastarlo;
pero á cuenta de su muerte
tanto papel han firmado,
que aunque hereden un tesoro
inmenso les vendrá escaso.
No me repliqueis. Ahora
oid, mi turno ha llegado.
Como vosotros he sido
pródigo; pero no tanto,
que no me baste mi hacienda
para sostener mi rango;
y, á pesar de eso, mi vida
es un continuo quebranto.
Sé que existen los placeres;
mas los busco y no los hallo,
porque ¡el vivir muy deprisa
hace morir muy despacio!
Decidme ahora con franqueza:
¿Cuál es en este teatro
el papel, que por desgracia
venimos representando?
¿Qué noble accion se nos debe?
¿Qué servicio hemos prestado
al mundo? ¿Qué de nosotros
esperan nuestros hermanos?
Sin producir, consumimos;
sin trabajar, derrochamos;
y hénos aqui, pobres seres,
viejos á los treinta años,
sin virtud para lo bueno,
sin fuerzas para lo malo,
sin tener quien nos acoja:
Dios, porque no le buscamos;
y, porque ya nos desecha,
el mundo, hasta el mismo diablo
Por fortuna hay muchos nobles

que otro camino han tomado,
y ocultan con sus virtudes
las sombras de nuestros actos.
Esta es la verdad desnuda:
ese infeliz artesano
la ha despertado en mi alma,
la hace salir de mis labios.
Tomadla como gusteis,
pues de ella no me retracto.

BAR. Teodoro se ha vuelto loco,
será preciso dejarlo.

TEOD. No, que soy yo el que os dejo.
(Con solemnidad.)
No te cases, Eduardo,
si de intencion no varias.
Una jóven y un anciano
van su suerte á confiarte;
mira que el hombre casado
tiene ante Dios y los hombres
deberes que son sagrados,
y el que con ellos no cumple
aquí y allá encuentra el pago.

EDUAR. ¡Teodoro!

TEOR. Yo no autorizo
con mi presencia este acto.
Piénsalo bien, que aun es tiempo.
Soy rico; serás mi hermano,
y no te faltará nada... (Pausa.)

EDUAR. Ya es imposible.

TEOD. ¡Eduardo!...
Adios. Sabes dónde vivo.
No olvides lo que te encargo. (Váse.)

ESCENA V.

DICHOS, menos TEODORO.

EDUAR. No sé por qué el corazon...

BAR. Tu debilidad deploro.
¿No conoces que Teodoro
ha perdido la razon?

EDUAR. (Ensimismado.)

¡En lo que vas á hacer piensa!...

BAR. ¿No viste con qué descaro...
Á ofrecerte su amparo
te infirió una horrible ofensa.

EDUAR. Mi situacion es cruel;
no me atrevo á decidir...

BAR. Quien piensa en lo porvenir,
no aconseja como él.

EDUAR. Necesito meditar.
Voy allá dentro un instante...

BAR. Eduardo, estás delirante.
¿Es tiempo ya de pensar?

EDUAR. Vuelvo pronto. (Váse por la izquierda.)

BAR. (Á Enrique y Eugenio.)
¡Esto es horrible!
¡Á quién se le ocurriria
que en él tal efecto haria!...

EUG. Le ha dado por lo sensible.

ENR. ¡Es chistoso!

BAR. Si lo dejo,
todo puede fracasar;
porque, si llega á tomar
de ese demonio el consejo...
Vamos.

ENR. Si, vamos los tres.

BAR. (Ap.) ¡Sumidos en la pobreza!

EUG. Muy pronto de la cabeza
desechará ese entremes

BAR. Alguien se acerca hácia aqui.

ENR. Vamos, vamos sin tardanza.

BAR. Aun me queda una esperanza.
Corramos pronto.

EUG. Si.

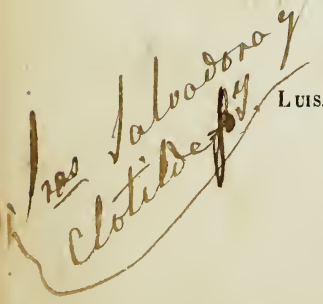
ENR. Si.

(Vánse por la izquierda.)

ESCENA VI.

LUISA, ISABEL, esta en traje elegante de boda.

LUISA. Todos se marcharon, todos.
Entre usted.



ISAB. (Entrando.) Aqui siquiera
no tendré quien me repase
de los pies á la cabeza.
Díme la verdad, Luisa,
¿estoy bien? ¿Qué tal me encuentras?
LUISA. Hermosa como una vírgen.
ISAB. (Mirándose á un espejo.)
¿Y este peinado me sienta?
LUISA. ¿No se lo dice el espejo?
ISAB. Me parece que estoy fea.
Este aderezo es tan pobre...
Al ver el de la condesa,
cuyos diamantes deslumbran,
¿creerás que me dió vergüenza?
LUISA. ¡Isabel! (Reponiéndose.) ¡Ah, usted perdone!
Algunas veces la lengua...
Como estaba acostumbrada
cuando chica... en la maestra...
ISAB. Aqui, Luisa, estamos solas;
tutéame, si, y no temas
que tu franqueza me enoje
ni tus palabras me ofendan.
Me acuerdo muy bien que juntas
pasó nuestra edad primera.
Entonces eramos pobres
las dos, y mi madre, enferma
y viuda, apenas tenia
pan que darme. Dí, ¿te acuerdas
cuántas veces me llevaste
para comer á tu mesa?
LUISA. De todo me acuerdo. Entonces
mucho mas dichosa era,
porque el secreto ignoraba
¡ay! de mi triste existencia.
Tú, á lo menos, tenias madre,
y cuando te faltó ella,
te fuiste con tu buen tio,
que entonce estaba en América;
pero yo... ya que ha llegado
la ocasion de que lo sepas,
quiero decírtelo todo,
aunque lágrimas me cuesta.

La mujer que yo creia
mi madre, Isabel, no lo era.
Mis padres no he conocido.
Recien nacida á su puerta
me arrojaron. Ella, entonces,
que era compasiva y buena,
viéndome tan desgraciada,
me recogió, y su clemencia
se convirtió en el cariño
de una madre verdadera.
Yo por tal madre la tuve,
hasta que en su hora suprema
me llamó, para decirme
lo que saber no quisiera.
¡Ah, y de tantos sacrificios
hechos por mí no contenta,
me dejó cuanto tenia...

ISAB. Fué de amor una gran prueba.

LUISA. ¡Pobre madre de mi alma!
Dios en el cielo la tenga.

ISAB. No llores, ¡pobre Luisa!
Tu dolor por hoy desecha
y sé dichosa conmigo,
como en la infancia lo eras.

LUISA. ¡Ah, si, tú eres muy dichosa!

ISAB. Y hoy mas que nunca. Las puertas
se me abren de un paraiso
que nunca soñar pudiera.
Soy rica, noble mi esposo,
y el porvenir se presenta
para los dos tan risueño
como el alma lo desea.
Voy á entrar en el gran mundo,
y á humillar con mi presencia
á esas mujeres altivas
que ahora quizás me desdeñan.
Un palacio suntuoso
será mi morada espléndida;
tendré coches y lacayos,
ricos diamantes y perlas,
y envidia darán mis trenes
por su lujo á la grandeza.

¿Qué te parece, Luisa?

LUISA. Que errado el camino llevas
para buscar en el mundo
la dicha que en él se encuentra.
Mi madre me lo decia:
«Nadie es feliz en la tierra
»sino el que enjuga las lágrimas
»de los que lloran en ella.»
Ya que Dios te ha hecho tan rica,
emplea bien tus riquezas.
En Madrid hay muchos pobres
que mueren de hambre y miseria...
Búscalos; sé para ellos,
Isabel, la providencia;
que el bien que á un pobre se hace
Dios como suyo lo cuenta.

ISAB. Dios á ninguno abandona.

LUISA. Eso dice quien desea
olvidarse del que sufre.
Tú no tienes experiencia,
y yo, aunque jóven, la tengo:
mi ocupacion me la enseña.

ISAB. ¿Y quieres que yo renuncie
á la vida que me espera?

LUISA. Tú sueñas con un palacio,
joyas, trenes y libreas,
porque no sabes que hay muchos
que en una buhardilla estrecha
lloran sin pan, sin abrigo
ni tener de dónde venga;
sueñas con trenes lujosos,
sin saber que, cuando sueñas,
mil infelices, descalzos,
van clavándose las piedras;
y quieres pasar las noches
en bailes y alegres fiestas,
sin pensar que hay muchas madres
que toda la noche velan
para dar pan á sus hijos,
y asi trabajando enferman,
y las pobres criaturas
de Dios al amparo que dan.

ISAB. ¡Oh! Tus palabras, Luisa,
de espanto y de horror me hielan.
LUISA. Porque la verdad espanta.
ISAB. Es que tú me la exageras.
LUISA. Dios quiera, Isabel, que nunca,
como ellos se ven, te veas.

ESCENA VII.

DICHAS, MIGUEL, EDUARDO, el BARON, ENRIQUE, EUGENIO, caballeros y señoras.

MIG. (Entrando.)
Aquí está. Vamos andando,
Isabel, porque ya es hora,
y el cura estará impaciente.
BAR. (Á las señoras.)
Su capricho es la parroquia,
y es menester respetarlo.
La edad... (Á Eduardo.) El brazo á la novia...
MIG. Claro.
BAR. Hasta los carruajes.
MIG. (Á Luisa.)
Tú vendrás tambien. Las bodas
son fiesta de los amigos.
LUISA. ¿Pero asi?... Gracias.
MIG. No importa.
¿Quieres que yo te dé el brazo?
Tú vales tanto como otra,
y yo me honraré muchísimo
llevándote... ¿Te acomoda?
LUISA. (Ruborosa.)
No, señor.
MIG. Pues voy delante.
¿Tomás no ha vuelto? ¡Qué posma!
Pero allá irá y es lo mismo.
Con que... andando y sin demora.
LUISA. Iré, ya que usted se empeña.
MIG. ¡Pues no faltaba otra cosa!
Voy á ver...
(Sale precipitado como para dar algunas órdenes. Los demas van saliendo por parejas, quedando Isabel y

Eduardo para la última. El Baron habla con este algunas palabras por lo bajo, señalando á Luisa;, que tambien se dispone á salir.)

BAR. (Á Eduardo.) Y á tales horas!...

EDUAR. (Á Luisa deteniéndola.)
Usted se puede quedar...

BAR. Si, que puede usted manchar
el vestido á las señoras. (Váse.)

LUISA. ¡Mancharlas yo! ¡Dios me asista!
¡Si, si, tiene usted razon!
(Vánse Eduardo é Isabel, que manifiesta disgusto.)
¡Para ellos fuera un baldon
allí la pobre modista!
(Se cubre el rostro con las manos, y cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Galeria hasta la segunda caja de bastidores: puertas laterales; al fondo tres arcos que dan á un gran salon, en cuyo centro se vé una mesa, dispuesta para una espléndida comida; este salon se comunica con un extenso jardin que ocupa el foro. Entre el salon y la galeria un corredor ó pasillo. Todo el mueblaje debe ser del mejor gusto y de gran riqueza. Al levantarse el telon, varios criados, vestidos de elegante librea, cruzan de un lado á otro con ramos de flores, bandejas cubiertas y otros objetos que denoten los preparativos de una fiesta suntuosa. Á lo lejos, por la izquierda, se oye una música, que cesará cuando lo indique el diálogo.

ESCENA PRIMERA.

Un LACAYO, despues el BARON.

LAC. Con esta van diez. Las murgas
parece que se han citado:
y hay algunas que atormentan
de un modo, que, por Dios santo,
que puede darse dinero
por verlas ir al contado
con la música á otra parte.
(Escucha.)
Estos ya no son tan malos.

BAR. (Saliendo por la derecha.)
¿Otra murga?

LAC. Si, señor.

BAR. Pues anda y dále estos cuatro
duros, (Dándoselos.) y dí que nos dejen
tranquilos y sosegados.
LAC. Como es buena la propina,
acuden que es un encanto.
BAR. Es dia de la señora,
y es preciso celebrarlo
como conviene á su clase.
(Váse el Lacayo.)
Al fin, esos pobres diablos
serán luego las trompetas
de la fama, y algo es algo.
(Despues de examinar la mesa.)
La mesa está bien, me gusta.
(Cesa la música.)
Es verdad que cuesta caro
dar una comida espléndida;
pero el crédito arruinado
tan solo asi se levanta.
Mañana los convidados
harán donde quiera elogios,
y luego vendrá algun párrafo
que en los periódicos diga:
«El señor don Eduardo
»de tal ha dado un convite,
»como hace ya muchos años
»que no se daba en la córte.
»Los concurrentes quedaron
»sumamente satisfechos
»del fino y amable trato
»del Anfitrion. Allí estuvo
»cuanto hay de mas elevado
»en la grandeza, un ministro...
»y del cuerpo diplomático
»los señores de...» Ninguno
se olvidará. Yo me encargo
de la nota, y es el modo
de dar importancia al acto.
LAC. (Entrando con unos papeles que entrega al Baron.)
Señor, estos memoriales
en la puerta han entregado.
BAR. (De mal humor.)

¡Limosnas! Ya se le ha dicho
al portero, que no estamos
para tales peticiones,
ni las reciba.

LAC. Es el caso...
que ahora tuve yo la culpa.
(Miguel al paño.)
Me vieron que estaba dando
á los músicos...

BAR. No importa.

LAC. Y tanto me suplicaron,
que, en atencion á ser dia...
me atreví...

BAR. Es igual. Veamos.
(Vá examinando los papeles.)
«Una viuda con tres hijos. .»
(Arroja el papel.)
Que no se hubiera casado.
«Un desgraciado cesante...» (Id.)
¿Soy yo del gobierno acaso?
«Un jornalero impedido...» (Id.)
Al hospital. ¿Han pensado
que aquí tenemos el oro
para alimentar bigardos,
que quieren vivir á costa
del prójimo sin trabajo?
Anda y díles que no hay nada.

ESCENA II.

DICHOS, MIGUEL.

MIG. No vaya usted. ¡Desgraciados!
Cuando piden, es que tienen
necesidad Yo me encargo...

BAR. Es un contra-Dios, un vicio
que debemos desterrarlo,
y ademas un gasto inútil.

MIG. (Señalando á la mesa.)
Cuando se derrocha tanto
en cosas que no hacen falta,
señor Baron, es extraño

que se niegue una limosna
al que la viene implorando.

BAR. Muchos que llegan pidiendo,
piden sin necesitarlo.

MIG. Eso no es cuenta de usted
ni mia. Dios ha mandado
que por su amor se socorran.
Dando al pobre, á él se lo damos;
y si la intencion es buena,
como tal recibe el pago.

BAR. Ya se ha socorrido á muchos.
Si usted lee los diarios,
verá que todos los dias...

MIG. ¡Eso lo agradece el diablo!

BAR. ¡Cómo!

MIG. Si, que el bien que hacemos
por vanidad, ó por cálculo,
no es Dios el que lo agradece;
y aunque su nombre invocamos,
la caridad ofendida
lo tiene por un sarcasmo.
Si una mano dá limosna,
ignórelo la otra mano,
que asi es como Dios la aprecia;
pero hacer público un acto
de caridad, cuando hay medios
de encubrirlo y cultarlo;
dar, tan solo porque diga
el mundo, á quien adulamos:
«¡Qué hombre tan caritativo
es el señor don Fulano!»
es... con una buena obra
hacer á Dios un agravio.

(Recoge los papeles que el Baron ha arrojado al suelo.)

BAR. (Ap. volviendo la espalda.)
Lo desprecio. ¡Viejo estúpido!

MIG. (Al Lacayo.)
Diga usté á esos desdichados
que, sin que nadie se entere,
pasen por allí á mi cuarto.
(Váse el Lacayo.)
(¡Dios mio, tengo tan poco!...) (Ap.)

Pero, al fin, me queda algo.

(Váse por la izquierda. El Lacayo atraviesa de derecha á izquierda por el pasillo, seguido de dos hombres y una mujer. todos en traje humilde.)

ESCENA III.

El BARON, despues el LACAYO.

BAR. ¡Es original el hombre!
¡Y que lo estemos sufriendo!
¡Ah! yo haré que mi sobrino
ponga el oportuno arreglo.
Por fortuna se ha cortado
las alas el pobre necio,
y hará lo que se le mande,
pues no tiene otro remedio.
El cariño de Isabel
á Eduardo es tan intenso,
que no se opondrá á sus órdenes,
pues su afan es complacerlo. (Pausa.)
Ademas, es un estorbo
constante, y los que tenemos
cierta educacion, estamos
con su presencia violentos.
(Al Lacayo, que entra.)
¿Entraron ya?

LAC. Con él quedan.

BAR. Pues bien: de nuevo te advierto
para hoy, lo que ayer te dije.
¿Estás?

LAC. Será usia en ello
obedecido.

BAR. Aunque rabie,
le dices que lo han dispuesto
mi sobrino y la señora

LAC. Está bien. Con que... allá dentro?

BAR. En su cuarto, si lo quiere
asi, y si no, en el infierno.
(Váse por la puerta derecha.)

LAC. ¡Pobre señor, cuál lo tratan!
¡Y es tan humilde y tan bueno!...

Aqui viene ya: en la cara
se le conoce el contento.

(Al entrar el tio Miguel en escena, atraviesan los tres personajes el pasillo en sentido inverso, y lo saludan con demostraciones de gratitud.)

ESCENA IV.

El LACAYO, MIGUEL.

MIG. Gracias á Dios, ya por hoy
algo se remediarán.
¡Pobres! tan alegres van,
que al verlos... tambien lo estoy.
(Al ver al Lacayo.)
Hola, ¿aun está usted aqui?

LAC. Aguardando á usted estaba,
por si sus órdenes daba ..

MIG. ¿Pedirme órdenes á mí?
¡Cosa nueva por mi vida!
Eso... á otro le corresponde.

LAC. Se trata de cuándo y dónde
se le sirve la comida.

MIG. ¿Á mí? No hay que preguntar.
Aunque tarden, los espero.
Comiendo con ellos, quiero
hoy los dias celebrar
de mi sobrina Isabel.

LAC. Siento que asi lo disponga.
Me han dicho que no se ponga
hoy cubierto para él.

MIG. Está usted equivocado;
y aunque quiera convencerme...
(Ap.) Eduardo no puede hacerme
un desaire tan marcado.

LAC. Esas sus órdenes son.

MIG. Si mi sobrino lo sabe,
tendrá por ofensa grave
tan torpe equivocacion.
Dígole, pues, que se engaña.

LAC. Señor, que no me equivoco.

MIG. Solo volviéndose loco

diera una órden tan extraña.

LAC. Júrole á usted que me pesa
causarle tal inquietud.

MIG. ¡Él, tener la ingratitud
de arrojarme de su mesa!...
Imposible; y en un dia
como el de hoy, mayor agravio.
Si lo oyera de su labio,
que soñaba creeria.
¡Yo, que por ellos he hecho
mas que un padre puede hacer!...
No, no, eso no puede ser,
jamás; estoy satisfecho.
Á un padre asi no se humilla,
y mas con tales ultrajes.

LAC. Como vendrán personajes
de lo mejor de la villa...

MIG. Eso es lo que mas me abona,
que un lugar tendré guardado.
Aunque hubiera convidado...
al mismo rey en persona.
¿Vale alguno mas que yo,
para que á mí se prefiera?
¡Ah, si tal cosa supiera!...
Pero no es posible, no.

LAC. Cuando él venga le dirán...

MIG. Esto me saca de tino.
Yo le diré á mi sobrino...

VOZ. (Dentro.)
Sí entraremos.

OTRA. (Id.) — No entrarán.

LAC. ¿Quién dá voces? Voy á ver...
(Váse, puerta derecha.)

MIG. Esa voz, si no me engaño...
Pero me parece extraño
que los quieran detener.

VOZ. (Id.) No hemos de volver atrás.
Sin verle no nos iremos.
Por aqui le encontraremos.

MIG. (Al verlos.)
¡Hijos: Luisa, Tomás!

ESCENA V.

MIGUEL, LUISA, TOMÁS.

TOM. Dios guarde á usted.
LUISA. Ya creimos
que sin verle nos marchábamos.
MIG. (Á varios criados que aparecen en la puerta.)
Siempre que por mí pregunten,
sea quien fuere, franco el paso.
(Vánse los criados.)
TOM. ¡Pues no se dan poco tono
los porteros y lacayos!
Usted no sabe el empeño...
¡Ni que ellos fueran los amos!
MIG. No sabeis cuánto me alegra
vuestra visita. Sentaos.
LUISA. No, señor: venimos solo
por gusto de saludarlo,
y tambien á darle parte
de que hoy, por fin, ha llegado
la hora de que nos echen
la de san Pedro y san Pablo.
MIG. ¡Hola!
TOM. Si, señor.
MIG. Me alegro.
LUISA. Y como que le apreciamos
á usted, los dos hemos dicho:
«Hoy debe estar ocupado...
Son dias de su sobrina,
y convidarle es en vano,
para que asista esta noche
al festejo; pero en cambio,
de entre los mejores dulces
sacaremos unos cuantos
para llevarle, y que vea
que de él no nos olvidamos.
Con que... aqui se los traemos.
Si usted los estima en algo... (Presentándolos.)
MIG. (Conmovido.)
¡Si los estimo! Hijos mios: (Los toma.)

la prueba que me habeis dado
de vuestro afecto es tan grande,
que aunque viva muchos años,
no pasará un solo dia,
sin que su recuerdo grato
venga á aumentar el cariño
que ya me habeis inspirado.

LUISA. ¡Siempre tan bueno y tan noble!
¡Ay, nos acordamos tanto
de usted! Á veces decimos,
que Dios le habrá deparado
una vejez tan dichosa
en este rico palacio,
como un premio á sus virtudes,
como un cielo anticipado.

MIG. (Ap.) ¡Pobres criaturas! ignoran
lo mucho que estoy pasando.

TOM. (Mirando á su alrededor.)
Luisa: ¡qué vida tan buena
harán los que tienen tanto!

MIG. No ambicioneis, hijos mios,
este lujo, este boato.
Los bienes de la fortuna,
del hombre tan codiciados,
son casi siempre el orígen
de los mayores quebrantos.
Dios los bienes y los males
de este mundo ha compensado.
Al rico ha dado temores,
inquietudes, sobresaltos,
que de sus propias riquezas
lo convierten en esclavo,
y hacen de su amarga vida
un suplicio continuado.
Mas venturoso es el pobre,
viviendo de su trabajo,
que el que en la opulencia estéril
su corazon vá secando.
Rara vez quien tiene mucho
se acuerda del desgraciado;
rara vez duerme tranquilo;
rara vez brota en sus labios

esa sonrisa dichosa
del que vive sin cuidados.

LUISA. Pero usted no es de esos hombres...

MIG. Yo nada soy, nada valgo;
no soy mas que un pobre viejo
que, ya de vivir cansado,
pide á Dios todos los dias
su último, eterno descanso.

LUISA. ¡Dice usted de una manera
esas palabras!... ¿Acaso
no es usted feliz?

MIG ¡Luisa!

LUISA. ¡Cómo! ¿Le falta á usted algo?

MIG. (Tratando de disimular su profunda emocion.)
Nada, hijos mios.

LUISA. Tomás,
mira en sus ojos el llanto.

MIG. Os engañais; soy dichoso.

LUISA. Usted nos está ocultando...

TOM. Es verdad.

MIG. Nada os oculto.
Es que.. al veros á mi lado...
la emocion...

LUISA. Hoy mas que nunca
ese dolor es extraño.
Hoy, que de la señorita
será el dia celebrado
con el contento que anuncia
aquella mesa, no alcanzo
cuál pueda ser el motivo
de su profundo quebranto.
Cuéntenos usted sus penas,
y haremos por consolarlo.
Tomás y yo le queremos,
sin que un interés mezclado
vaya con nuestro cariño.

MIG. Lo sé bien: sois muy honrados.

LUISA. ¿Le han dado á usté algun disgusto?

MIG. ¿Quién? Isabel y Eduardo
como á un padre me respetan.

TOM. Pero como hay aqui un diablo
que, segun dice la gente...

MIG. (Alarmado.)
¡La gente!
TOM. Vamos al caso.
LUISA. (Á Tomás.)
Calla
TOM. No, que he de decirlo.
Sabe usted que los criados (Á Miguel.)
suelen sacar á la calle
las flaquezas de sus amos...
MIG. ¿Y bien?
TOM. No falta quien diga
que á usted ya no le hacen caso;
que todos triunfan y gastan
con lo de usted, y que al cabo
le matarán á pesares
entre todos.
MIG. Eso es falso,
y miente quien tal ofensa
se atreva... (Ap.) ¡Dios soberano:
esos eran mis temores,
y al fin se ven realizados!
LUISA. ¿Ves tú cómo era mentira?
(Ap.) El pobre quiere ocultarlo.
MIG. Vosotros desmentireis
tal absurdo; yo os lo encargo,
y como amigo os lo ruego.
(Ruido fuera.)
Pero un carruaje ha parado,
y sin duda es mi sobrina
con su esposo.
LUISA. (Á Tomás.) Entonces vamos...
TOM. Si, vamos antes que entren.
MIG. De ningun modo. Me enfado,
si asi me dejais.
LUISA. No quiero
que nos echen sus criados...
(Ap.) ¡Otra vez, me moriria!
MIG. Sin duda habeis olvidado
dónde estais?... ¡Aqui, en mi casa!...
Si alguien se atreve á intentarlo,
verá que, aunque callo y sufro...
¡Ah, eso fuera demasiado!

LUISA. ¡Con que era cierto!
MIG. La lengua
me ha vendido, sin pensarlo.
¡Oh! no sabeis la amargura
(Con dolorosa expansion.)
que en mi pecho ha derramado
la ingratitud; no sabeis...
Pero venid á mi cuarto.
Hoy será la última prueba;
y si no me han engañado,
sabré recobrar mi puesto,
aunque resulte un escándalo.
(Vánse por la izquierda.)

ESCENA VI.

EL BARON, EDUARDO, ISABEL.

(Eduardo é Isabel entran por el foro derecha, precedidos del Baron; aquel entrega su abrigo á un criado que le sigue, y ella hace lo mismo á dos de sus doncellas. Los criados se retiran. Isabel se sienta junto á un velador, sobre el cual ha colocado Eduardo una cajita de ébano que contiene un aderezo.)

EDUAR. (Tomando varias tarjetas y esquelas que le presenta un criado en una bandeja de plata.)
Vamos á ver... (Leyendo.) La condesa...
el duque... el marqués del Fresno.
(Abriendo las esquelas.)
¡Hola; el ministro!
BAR. ¿Qué dice?
EDUAR. Que, aunque le hace falta el tiempo,
vendrá. Veamos si los otros...
(Continúa abriendo las esquelas.)
BAR. (Á Isabel.)
¿Qué tal ha sido el paseo?
ISAB. No ha sido del todo malo.
(Mostrando la caja.)
BAR. ¿De Eduardo?
ISAB. Si.
BAR. ¿Y qué es ello?
ISAB. Como marido galante,

este regalo me ha hecho,
por ser mis dias.

BAR. Magnífico.

EDUAR. Todos vienen.

ISAB. ¿Si?

BAR. Me alegro.
Con que veamos el regalo.

ISAB. (Toma la caja.)
Aqui está, vamos á verlo

BAR. (Acercándose.)
La caja es linda, muy linda.

EDUAR. Pues es mejor lo de dentro.

BAR. ¿Á ver? Ya estoy impaciente...

ISAB. (Abriendo la caja.)
Aqui está.

BAR. (Examinándolo.) ¡Hermoso aderezo!

EDUAR. Y de un trabajo admirable.

BAR. Es lindísimo en extremo.
Te felicito, Eduardo,
por tu buen gusto.

EDUAR. Me alegro
que su aprobacion merezca.

BAR. ¿Y cuánto ha costado eso?

EDUAR. Seis mil duros.

BAR. No es barato.

ISAB. No han querido darlo en menos.
Era el único que habia;
pero un disgustillo tengo.

BAR. ¿Cuál?

ISAB. Que es mejor el que lleva
la marquesita del Fresno.

EDUAR. Permíteme que lo dude.

BAR. Yo como Eduardo creo;
y si lo trae esta noche...

ISAB. Si lo trae, lo veremos;
y si es mejor... Eduardo,
ya sabes cuál es mi empeño.

EDUAR. Se te cumplirá.

ISAB. (Con amable coqueteria.)
¿Y el otro?

EDUAR. Algo difícil lo encuentro.

BAR. ¿Hay algun otro antojillo?

¿Cuál es?

EDUAR. Un tronco soberbio
que han traido de Inglaterra.
Es para un rico banquero,
y en sus manos...

ISAB. Pues entonces,
¿para qué sirve el dinero?

EDUAR. Lo venderá, no lo dudo,
si vé una ganancia en ello.

BAR. Pero ha de ser excesiva.

ISAB. ¿Y qué importa? Lo queremos,
y es preciso á todo trance
adquirirlo.

BAR. Para eso
hay que acercarse de modo
que no conozca el deseo...

ISAB. Es que lo quiero al instante.

BAR. ¿Sin reparar en el precio?

EDUAR. Sea cual fuere.

BAR. Yo me encargo,
y aqui lo tendreis muy presto.

ISAB. (Á Eduardo.) Dále billetes.

BAR. ¿Á qué?
si todavia no sabemos...
Mejor es su firma en blanco,
y yo extenderé allá luego
la obligacion. (Ap.) De ese modo
es como al fin pagar puedo
las deudas que he contraido,
por mi desgracia, en el juego.
(Alto.) Aqui hay papel, pluma y tinta.
(Lo acerca.)

EDUAR. (Firmando.) Pongo la firma y le dejo
en blanco lo necesario.

BAR. Al contado, por supuesto. (Guarda el papel.)

EDUAR. ¿Quién lo duda? Hecho el ajuste,
se satisfará al momento.

ISAB. Ya he visto al entrar la mesa.
¿Está todo bien dispuesto?

BAR. Todo; pero en la alegria
algun disgusto me temo.

EDUAR. ¿Cuál?

BAR. El tio de Isabel,
que ha formado un grande empeño
en no comer en su cuarto,
y allí reclama un asiento.
(Señala á la mesa.)
Ya sabeis que su carácter...
Él no conoce respetos
humanos, y á lo mejor,
por mas que no venga á cuento,
nos saldrá con su estribillo
de... «Antes de tener dineros...
cuando yo era el tio Miguel...»
y á este tenor mil y un ciento
de necedades, que todos
irán despues repitiendo;
que nos pondrán en ridículo...
y á vosotros mas.
ISAB. ¡Es cierto!
EDUAR. Parece que se propone
humillarnos.
BAR. No hay remedio:
ó renunciar al convite,
ó decirle sin rodeos
la verdad; que su presencia
no es conveniente. Primero,
se trata de persuadirlo;
y si al fin se empeña en ello...
EDUAR. Será preciso hablar claro.
ISAB. Yo disgustarle no quiero;
pero sufrir el ridículo,
y que despues con el dedo
nos señalen... ¡Nunca, nunca!
EDUAR. De persuadirle tratemos.
BAR. Difícil será.
EDUAR. Ayudándome
Isabel...
(Toca una campanilla, y se presenta un criado.)
BAR. Dios ponga tiento...
EDUAR. (Al criado.)
Al tio de la señora...
que haga el favor... que le espero.
(Váse el criado.)

ESCENA VII.

DICHOS, luego MIGUEL.

BAR. Sobre todo gran firmeza
con él. No hay que vacilar,
si no quereis acabar
donde el ridículo empieza.
ISAB. Yo, aunque le tengo cariño,
temo su locuacidad.
EDUAR. Todo anciano en esa edad
vuelve otra vez á ser niño.
BAR. Por lo cual no se le ofende,
si como á tal se le trata.
Nada, nada, hablarle en plata,
si de indirectas no entiende.
Aquí viene ya. (Á Isabel.) La mesa
haremos que examinamos,
y así el disgusto evitamos
de presenciar su sorpresa.
(Vánse al foro.)
MIG. ¿Me esperabas?
EDUAR. Si, señor.
De un asunto hablarle quiero...
Siéntese usted.
MIG. No, prefiero...
Así me encuentro mejor.
EDUAR. Como usted guste.
MIG. Habla, pues.
EDUAR. Ante todo le prevengo
que, en lo que decirle tengo,
miro solo á su interés.
MIG. Gracias.
EDUAR. Cual vé.
(Señalando á la mesa.)
festejamos
hoy de mi esposa los dias...
MIG. Ya, y convidarme querias.
EDUAR. Así al principio intentamos,
sin cuidarnos de otra cosa
que del singular placer

que pudieramos tener,
tanto yo como mi esposa.
Mas luego, mejor pensado,
hemos dicho: ya á su edad
fuera una inhumanidad
el tenerlo á nuestro lado,
sometido á la etiqueta
y á la gravedad adusta,
que á su franco humor disgusta,
cuanto el mundo la respeta.
Por lo cual, determinamos
decírselo asi al momento,
y, aunque con gran sentimiento,
de asistir le relevamos.

MIG. Yo agradezco la intencion,
y admiro vuestra prudencia;
pero no es la conveniencia
antes que la obligacion.
Y aunque ya la edad me inclina
á la quietud y el reposo,
asistiré muy gustoso.
Se trata de mi sobrina.

EDUAR. ¡Ah! no tenga usted reparo.
Yo disculparle sabré.

MIG. (Ap.) ¡Tonto! yo te obligaré
á decírmelo mas claro.

EDUAR. Luego... ha de haber tanta gente...

MIG. Mejor.

EDUAR. Y es la bulla tanta...

MIG. La bulla á mí no me espanta.
Ese no es inconveniente.

EDUAR. ¿Á qué quiere usted sufrir
esa mortificacion?

MIG. ¿Qué dirán, si á la funcion
no me vieren asistir?

EDUAR. ¿Qué han de decir? Que á su edad
solo se busca el sosiego.
Dirán...

MIG. (Ap.) Preciso es ser ciego
para no ver la verdad.
(Alto.) Pues bien, yo asistir dispongo.

EDUAR. Ya que es usté incorregible,

le diré... que no es posible.

MIG. ¿Por qué?

EDUAR. Porque yo me opongo.

MIG. ¡Acabáras!

EDUAR. Su salud...

MIG. ¡Calla, y deja que me asombre,
al encontrar en un hombre
tal mónstruo de ingratitud!

EDUAR. ¡De ingratitud!

MIG. Si, confiesa
que eres tan ruin y menguado,
que te juzgas deshonrado
sentándome yo á tu mesa.
¡Á tu mesa! dije mal.
Cuanto hay aqui todo es mio,
y á la justicia confio
de Dios tu suerte fatal.
Á tu soberbia altanera
él sabrá dar el castigo,
ya que hoy te portas conmigo
de tan indigna manera.
Cuando viniste á mi lado,
eras pobre, oro te dí;
logré hacerte rico, si;
mas no pude hacerte honrado.

ISAB. (Bajando al proscenio.)
¡Tio!

MIG. Ven, llega, Isabel,
que el cielo acaso te envia.
Tú no serás, hija mia,
tan ingrata como él.
No puedes serlo, no, no,
con el infeliz anciano
que su generosa mano
en tu orfandad te tendió.
Hazle ver que es torpe y necia
su vanidad importuna.
¿Qué hiciera sin la fortuna
del hombre que hoy menosprecia?
(Pausa.)
Dále un consejo, Isabel,
y díle que vuelva en sí;

que, al envilecerme á mí,
el envilecido es él.
(Pausa.)
¡Callas... y la indignacion
en tu semblante no veo!

ISAB. Perdóneme usted... mas creo..
que Eduardo tiene razon.

MIG. ¡Ah!!! ¡tú tambien, desgraciada!
¡Huye, huye de mi presencia!
¡Esa ha sido tu sentencia,
por tu boca pronunciada!

ISAB. ¡Oh, señor!...

MIG. ¡Sembré virtud
y recojo iniquidad!
¡Ah, siempre la vanidad
engendra la ingratitud!
El propio como el extraño
me trata. ¡Oh dolor profundo!
¡No se dá un paso en el mundo
sin hallar un desengaño!
Al pensarlo, desvario,
y se turba mi razon.
¿Es esta la condicion
de la humanidad, Dios mio?
El ver tanta iniquidad
por todas partes, me pasma.
¿Es la virtud un fantasma
ó es una realidad?
Sea lo que fuere, este dia
seré lo que debe ser,
y, cumpliendo mi deber,
obraré con energia.
¡Un padre con ellos fuí;
como á extraño me trataron!
Ya que mi amor despreciaron,
desprecio hallarán en mí.
(Se acerca á la mesa y agita una campanilla. Varios criados aparecen.)
¡Ese hombre y esa mujer
(Señalando á Eduardo é Isabel.)
al punto á la calle!

EDUAR. é ISAB. ¡Oh!

MIG. (Con voz de trueno.)
¡No hay mas amo aqui que yo,
y me habeis de obedecer!
¡Pronto!
(Luisa y Tomás al paño.)
BAR. (Que ha venido acercándose poco á poco al proscenio.)
A tan gran desacato
respuesta daré cumplida.
MIG. ¡Cómo!
BAR. ¿El tio Miguel olvida
ya que ha firmado un contrato?
MIG. ¡Ah!
BAR. Por él nada le queda,
nada; y si aqui le consiente
la compasion ..
MIG. (Anonadado.) ¡Dios clemente!
BAR. Dé las gracias como pueda,
y humilde pida perdon
á quien la ofensa ha causado.
MIG. ¡No, bastante me he humillado!
Basta ya de humillacion!
Antes de comer su pan,
ya que mi desdicha es cierta,
pediré de puerta en puerta...

ESCENA VIII.

DICHOS, LUISA, TOMÁS.

LUISA. (Tomando á Miguel de la mano y colocándolo entre ella y Tomás.)
¡Nunca, nunca lo verán!
MIG. ¡Dios mio!
LUISA. Aunque pobre gente,
corazon y honra tenemos,
y para él lo ganaremos
con el sudor de la frente.
BAR. Es que...
TOM. (Amenazando.) ¡Silencio!
LUISA. Aunque pobre,
nada allí le ha de faltar.
Nuestra mesa, nuestro hogar...

Yo haré que todo le sobre.

MIG. ¡Dios mio, á su ingratitud
esta noble accion iguala!
¡La humanidad no es tan mala!
¡Aun en la tierra hay virtud!
(Á Luisa y Tomás, abrazándolos.)
Hijos, vuestra caridad
me infunde tal fortaleza,
que en medio de la pobreza
bendigo mi adversidad.
Dios en sus justos arcanos
al necio orgulloso abate;
nunca al corazon que late
por el bien de sus hermanos.

ISAB. (Llorando.)
¡Tio! (Eduardo la detiene.)

MIG. (Dirigiéndose á la puerta entre Luisa y Tomás.)
Ya es tarde.

ISAB. ¡Ay de mí!

LUISA. Salgamos sin dilacion.

TOM. Del cielo la maldicion
temo que nos caiga aqui.

MIG. (Volviéndose desde el foro.)
Adios. Sin ira ni encono
voy á cumplir mi destino.
(Elevando al cielo las manos.)
Tú me enseñaste el camino,
Dios santo, yo los perdono.
(Isabel cae desmayada en un sillon. Eduardo y el Baron acuden en su socorro. Miguel sale con Luisa y Tomás, y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion pobremente amueblada en la casa de Tomás y Luisa. Puerta al fondo y laterales. Á la izquierda, banco y herramientas de carpintero; á la derecha una mesa de pino, y junto á ella un sillon antiguo de brazos, en el que aparece sentado el tio Miguel, cuyo rostro demacrado y pálido indica padecimientos recientes. En la escena algunas sillas toscas.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL, LUISA: el primero sentado y la segunda junto á él con una taza de caldo en la mano.

LUISA. Vamos, que ya poco queda.
Otro sorbo, y se acabó.

MIG. (Despues de apurarla.)
Dios te lo pague, hija mia,
y te eche su bendicion.

LUISA. ¿Qué tal le ha sentado el caldo?
¿Se encuentra usted ya mejor?

MIG. Si, ya me encuentro con fuerzas
para andar, gracias á Dios.
Despues de penar tres meses
en el lecho del dolor,
gracias á vuestros cuidados,

me encuentro vivo.

LUISA. (Poniendo la taza en la mesa.) Eso no.
Dios que ha querido salvarle.

MIG. Mas por vuestra mediacion.
Asi el doctor lo asegura.

LUISA. ¿Qué sabe de eso el doctor?

MIG. Ya se han cumplido tres años,
tres, que á vuestro lado estoy,
siendo una carga pesada;
que al fin vuestra posicion...

LUISA. Si vuelve usted á hablar de eso,
le dejo solo y me voy.

MIG. Déjame que lo repita.
Tengo una satisfaccion
en recordar cuánto os debo.
No sé lo que hiciera yo
por pagaros algun dia
lo que hoy solo con mi amor,
mi gratitud...

LUISA. ¡Es gracioso
por donde le ha dado hoy!

MIG. Si me hubierais permitido
ir al hospital...

LUISA. ¡Señor!
¿Pues qué, no teniamos casa?

MIG. Si; pero recursos...

LUISA. ¡Oh!
Mientras no falte el trabajo,
ya habrá.

MIG. ¡Qué resignacion!

LUISA. Dios la caridad nos manda.

MIG. Pero el heroismo, no.
¡Sabe Dios lo que habreis hecho!
Pena me causa y dolor
el pensar que habreis gastado...

LUISA. ¿Qué importa, si en conclusion
hemos salvado su vida?
¡El dinero!... ¿en qué mejor
pudieramos emplearlo?

MIG. Sois pobres, y obligacion
ninguna hácia mí teneis.

LUISA. La que nos ha impuesto Dios

era bastante. ¿Qué gracias
merece, ó qué galardon
el que es rico, el que obra solo
por deber, no por amor?

MIG. Pero tantos sacrificios...
eso es mucha abnegacion.
Sé que Tomás una mano
hace un mes que se cortó,
y trabajar no ha podido.

LUISA. Si, pero ya está mejor,
y pronto...

MIG. Pero entre tanto...
¡cuánta y cuánta privacion
por mí no os habreis impuesto!

LUISA. Ninguna, gracias á Dios.
Habia algunos ahorrillos...

MIG. ¿No me engañas?

LUISA. No, señor.

MIG. Dime: ¿dónde habeis echado
la cómoda, el velador...
y los muebles que aqui habia.

LUISA. (Despues de vacilar.)
¡Ah! ¿los... muebles? Los vendió
Tomás, para comprar otros
mejores.

MIG. (Ap.) ¡Qué corazon!
(Alto.) Luisa, quieres engañarme.
Si, quieres que ignore yo
los sacrificios inmensos
que habeis hecho en mi favor.

LUISA. Usted es el que se engaña,
y pretende, sin razon,
dar gran importancia á un hecho
que en sí no tiene valor.

MIG. La caridad verdadera
es el vínculo de union
que Dios ha dejado al hombre
como prenda de su amor,
y en tí esa virtud sublime,
hija, al nacer, infundió.

LUISA Desgraciado aquel que tiene
con que endulzar la afliccion

del prójimo y lo abandona
en medio de su dolor.

MIG. Muchos se llaman cristianos,
sin ver que la religion
del que espiró en un madero
para probarnos su amor,
de nada sirve en los labios
si falta en el corazon.

LUISA. Con usted hemos partido
nuestros bienes, sin temor
de que mañana nos falte
del cielo la proteccion.
Si al pajarillo en el campo
nunca el sustento faltó;
si el pez vive en su elemento,
como en el campo la flor,
¿cómo ha de olvidar al hombre
la providencia de Dios?
¿Qué son las penas del mundo,
si tan pasajeras son,
cuando despues de esta vida
hay otra vida mejor?
Con que ánimo y no se apure
usted; tenga, como yo,
para sufrir los azares
paciencia y resignacion.

MIG. Si por mí fuera, hija mia,
no me atormentara, no;
que á mi edad ya todo sobra;
pero veo con dolor
que, pisando ya del mundo
mi pié el último escalon,
soy una planta parásita
del árbol de vuestro amor.

LUISA. Dejemos ya, si usted quiere,
tan triste conversacion;
que aun está usted delicado
y eso le pondrá peor.
Quiero, cuando Tomás vuelva,
que hace rato que salió,
lo encuentre mas animado,
contento y de buen humor.

MIG. ¿Dónde ha ido?
LUISA. Segun creo,
á buscar cuarto.
MIG ¡Qué! ¿no
os acomoda ya este?
LUISA. Queremos otro mejor,
que tenga mas luz, mas aire...
Aqui no dá nunca el sol.
Luego... la casa está en venta,
y mañana... sabe Dios
si en ella querrán dejarnos.
MIG. Siendo asi, teneis razon.
LUISA. (Ap.) ¡Si sospechara la causa,
fuera inmenso su dolor!
(Ruido fuera.)
¿Será Tomás? Pasos siento.
¡Ah, el casero, en qué ocasion!

ESCENA II.

DICHOS, D. JUDAS.

JUD. Muy buenos dias, señora.
LUISA. Sea usted muy bien llegado.
JUD. ¡Hola! ¿Está ya levantado
el viejo?
LUISA. Si.
JUD. Ya era hora.
Los viejos se estan muriendo,
y vuelven á revivir.
(Luisa hace señas al casero para que calle.)
¿Qué me quiere usted decir?
Yo por señas no la entiendo.
¿Que calle? ¿Á qué he de callar?
Mi comision es muy breve.
Si los meses que me debe
no puede hoy mismo pagar...
LUISA. ¡Ah!
JUD. Bastante la he esperado;
pero ya me es imposible.
¡Qué quiere usted! es sensible;
pero el que ya no ha pagado...

LUISA. Ya sabe usted cuáles son
las causas...
JUD Yo las respeto,
y á apreciarlas no me meto;
tendrá usted mucha razon.
Hay muchos que pagan mal,
y sus disculpas son esas,
y, al fin, todas sus promesas
son... música celestial.
LUISA. Mi marido no ha podido
trabajar en mas de un mes.
JUD. (Encogiéndose de hombros.)
Ps... cuenta mia no es;
lo será de su marido.
Luego ese viejo achacoso
cuidado con tanto esmero...
El que no tiene dinero
no la echa de generoso.
MIG. ¡Oh!
LUISA. ¡Calle usted por piedad!
¿No vé que lo está matando?
JUD. Yo en casa ajena no mando;
pero digo la verdad.
Sin hacienda ni destino,
un hombre asi es una plaga.
Si no tiene, si no paga,
ahí está san Bernardino.
MIG. (Ap.) ¡Ay de mí... tiene razon!
LUISA. (Ap.) ¡Dios mio, dame paciencia!
JUD. Allí amparan la indigencia,
y el ser pobre no es baldon.
(Á Miguel.)
¿He dicho bien?
LUISA. (Ap.) ¡Qué hombre es este!
(Alto.) ¡Ah, para usted no hay piedad!
JUD. Siempre, por la caridad,
se ha dicho que entra la peste.
Mi sistema es muy sencillo,
y lo diré, aunque se asombre:
no hay amigo para el hombre
como un duro en el bolsillo.
Asi pues, halle ó no halle,

en donde vivir disponga,
si no quiere que los ponga
en la mitad de la calle.

LUISA. ¡Señor!...

JUD. De hoy mismo no pasa.
No quiero suplirles mas.
Es preciso, y... ademas,
que tengo en venta esta casa.
Con que... antes que den las dos,
ó al juez acudiré luego.

LUISA. (Suplicante.)
Es que...

JUD. Excusado es el ruego.
Agur. (Dirigiéndose á la puerta.)

MIG. (Levantándose y con grande amargura.)
¡Vaya usted con Dios!
(Váse el casero.)

ESCENA III.

LUISA, MIGUEL.

LUISA. (Llorando.)
¡Dios mio!

MIG. ¡Hija de mi alma!
No llores.

LUISA. ¡No he de llorar!

MIG. Todo se puede arreglar.
Por Dios... un poco de calma.
No llores... La culpa es mia.

LUISA. ¡No aumente usted mi dolor!

MIG. ¿No hubiera sido mejor,
cuando remedio tenia,
haberme manifestado
vuestra situacion amarga?
¡He estado siendo una carga!...
Luisa, me has engañado.
¡Pobres mártires los dos,
por ampararme, habeis sido!
¡Y yo no lo he comprendido!
¡Ah, perdónemelo Dios!
Sin esta casualidad,

que tan clara luz me ha dado,
¿adónde hubiera llegado
vuestra generosidad?

LUISA. ¡Dios mio!

MIG. Vamos, no llores;
que en situacion tan cruel
el pobre del tio Miguel
no aumente mas tus dolores.
Si, mia la culpa ha sido,
y yo remediaros quiero.
Voy, voy á pedir dinero
á Isabel, á su marido...
(Disponiéndose á salir.)

LUISA. (Deteniéndolo.)
¡Señor!

MIG. ¿Qué te maravilla?
Es mio, y me lo darán.

LUISA. ¡Si hace seis meses que estan
viviendo en una buhardilla!

MIG. ¡Ellos!

LUISA. Si, no hay que dudarlo.
Yo misma lo he visto, yo. (Pausa.)

MIG. ¡Es verdad! ¡No les costó
el trabajo de ganarlo!
¡Ah, de Dios la omnipotencia
castiga su vanidad;
que es la prodigalidad
camino de la indigencia!
Es el severo castigo
de la justicia de Dios,
que está vengando en los dos
lo mal que obraron conmigo.

LUISA. ¡Desgraciados!

MIG. Es verdad.
El bien ó el mal que se hace...
todo aqui se satisface,
antes que en la eternidad.

ESCENA IV.

DICHOS, TEODORO y TOMAS en la puerta del foro: este con una mano vendada.

TOM. Lo que le he dicho es lo cierto.
TEOD. Yo confio en su palabra.
LUISA. ¡Tomás! (Á Miguel.) Por Dios que no sepa
lo que de pasar acaba.
Que crea que usted ignora
nuestra situacion.
MIG. Descansa.
TEOD. (Saludando.)
Felices
MIG. (Ap.) Se me figura
que yo conozco esta cara.
TEOD. (Echando á su alrededor una mirada investigadora.)
Está algo descuidadilla;
pero, al fin, no está muy mala.
LUISA. (Ap. á Tomás.)
¿Quién es?
TOM. (Id. á Luisa.) Es un caballero,
que, segun me ha dicho, trata
de quedarse con la finca.
TEOD. Si es que me la dan barata.
MIG. (Á Teodoro.)
Caballero... usted perdone
me tome la confianza
de dirigirle una súplica,
que ha de parecerla extraña.
Aunque no tengo la honra
de conocerle, estas canas
(Descubriéndose.)
me autorizan, y quisiera
que con bondad me escuchara.
TEOD. Hable usted.
LUISA. (Ap.) ¡Qué irá á decirle!
MIG. Hace ya que en esta casa
habitamos mucho tiempo,
y nos dá pena dejarla.
Hay cosas que no se explican;

pero que las siente el alma,
y esta es, señor, una de ellas.
Estas paredes, que nada
dicen para todo el mundo,
mil y mil recuerdos guardan
para nosotros. En esa
(Señalando á la derecha.)
pobre y reducida estancia,
los sueños de dos esposos
(Por Tomás y Luisa.)
cual sombras queridas vagan.
Esa ha sido, hace tres años,
(Señalando á la izquierda.)
la habitacion destinada
para albergue de la triste
de las mas tristes desgracias.
Riego le han dado mis ojos,
siendo unas veces mis lágrimas
de dulce agradecimiento
hácia esas dos nobles almas
(Señalando á Luisa y Tomás.)
que cual hijos me ampararon,
y otras veces, arrancadas
por el amargo recuerdo
de la ingratitud humana.
En este estrecho recinto
está, señor, encerrada
la historia de nuestros goces,
la de nuestras esperanzas,
la de nuestras amarguras,
nuestras penas, nuestras ánsias.
¡Qué quiere usted! La queremos
como la flor quiere al aura
que entre sus hojas murmura,
como quiere el pez al agua
y el pájaro quiere al viento
donde ha tendido sus alas;
porque estas cuatro paredes
mudas, tristes, solitarias,
tienen ya para nosotros,
á fuerza de contemplarlas,
el encanto irresistible

del agua, el viento y el aura.

TEOD. (Tratando de ocultar su emocion.)
Noble anciano, me enternecen
esas sentidas palabras;
y aunque no sé todavia
si el que dueño de esta casa
ha de ser (pues no la compro
para mí), querrá dejarla
tal como yo la he encontrado,
le rogaré que lo haga.

MIG. ¡Ah, señor, Dios le bendiga!
Aunque Tomás no trabaja
ahora, por estar enfermo,
con entera confianza
dígale usted: que es honrado,
y que, si en algo se atrasa,
le pagará; yo lo fio... (Transicion.)
¡Pobre de mí; ya olvidaba
que el tio Miguel en el mundo
ni tiene ni vale nada!
Como he sido tambien rico...

TEOD. Lo sé, y tambien sé la causa...

MIG. ¡Ah!

TEOD. De su honrada pobreza.

MIG. ¡Cielo!

TEOD. Hoy su ingratitud pagan
los dos... sin pan... sin abrigo...

MIG. (Ap.) ¡Dios mio!

TEOD. Me causan lástima.

MIG. ¿Y qué hacen?

TEOD. Un caballero
ha poco que su desgracia
supo, y queriendo aliviarles,
á fuerza de mil instancias
le ha conseguido un destino,
donde, si Eduardo trabaja,
podrán vivir con modestia,
aunque no con abundancia.

MIG. ¡Ah, siempre, siempre hay, Dios mio,
en el mundo buenas almas!

TEOD. El corazon de Eduardo,
aunque extraviado estaba,

no habia llegado al extremo
del de su tio.

TOM. ¡Canalla!
¡Bien dije yo que era el diablo
que todo allí lo enredaba!

TEOD. El Baron se encuentra hoy
perseguido por estafa,
y en la cárcel muy en breve
irá á pagar sus infamias. (Mira el reloj.)
Però... me estoy deteniendo,
y el tiempo rápido pasa...

MIG. Con que... ¿puedo estar tranquilo?

TEOD. Respondo de mi eficacia
en rogarle; mas del éxito...

MIG. En Dios tengo confianza,
y hará lo demas.

TEOD. Muy pronto
lo sabremos.
(Váse con Tomás, que lo acompaña hasta la puerta del foro.)

TOM. (Despidiéndole.) Con Dios vaya.

ESCENA V

MIGUEL, LUISA, TOMAS.

MIG. (Ap., despues de algunos momentos de meditacion.)
Voy, si, voy; si tal no hiciera,
perdon de Dios no tendria.

TOM. ¿Tomó usté el caldo?

MIG. Hace poco
que me lo trajo Luisa.

TOM. ¿Y qué tal?

MIG. Bien me ha sentado.

TOM. ¿Bien?

MIG. Á las mil maravillas.

TOM. Me alegro.

MIG. Y para probarte
que, aunque mis piernas vacilan
un poco, tengo ya fuerzas,
salir quiero...

LUISA. Usted delira.

TOM. ¡Cómo! ¿salir á la calle,
cuando hace solo tres dias
que se ha levantado?
LUISA. ¡Poco
en el barrio se diria!
MIG. ¿Y el barrio qué nos importa?
LUISA. Si usted su salud no estima...
MIG. Si tal. No tengais cuidado;
iré solo hasta la esquina,
y al punto vuelvo.
LUISA. Mañana
irá usted.
MIG. (Ap.) ¡Aqui... otro dia...
No. ¡Ya los pobres no pueden!...
LUISA. ¿Qué dice usted?
MIG. Que me anima
ver la mañana serena.
¿Á quién ese sol no incita?...
LUISA. Ya que forma usted empeño
en salir, por si le alivia
el aire puro, Tomás,
tú irás en su compañia.
TOM. Es claro, y le daré el brazo.
(Pasa al lado de Miguel.)
MIG. (Haciendo un alarde de fuerza.)
¿Creereis que necesita
el tio Miguel que le agarren
para andar? Eso seria
una vergüenza. Miradme
sin apoyo.
(Arroja el baston en que estaba apoyado. Tomás, al verlo vacilar, lo sostiene.)
Quita, quita.
¿Piensas quizás que me caigo?
TOM. No, señor; pero...
MIG. En mi vida
he estado mas fuerte. Dáme,
dáme mi baston, Luisa.
(Lo hace.)
Pues si soy capaz ahora
de andarme toda la villa.
TOM. ¿No irá usted mejor conmigo?

MIG. Tú haces falta aqui.
TOM. (Ap.) ¡Es mania!...
MIG. Es gusto especial que tengo,
y... Ya es fuerza que os lo diga.
(Con intencion.)
Se trata de una promesa,
hijos, y debo cumplirla.
LUISA. ¿Y es la promesa de ir solo?
MIG. De ir solo; pero descuida,
que si las fuerzas me faltan,
me volveré.
LUISA. Es que...
MIG. (Con autoridad.) No insistas.
Al que promete y no cumple,
Dios, con razon, le castiga.
(Váse, foro derecha.)

ESCENA VI.

LUISA, TOMÁS.

LUISA. ¿Adónde irá?
TOM. Yo á seguirle
fuera de muy buena gana;
pero, si es una promesa...
al fin hay que respetarla.
LUISA. Está tan débil... que temo
le suceda una desgracia.
TOM. Yo tambien; pero ya has visto
que no ha habido forma humana
de convencerle. ¡Eso solo
es lo que ahora nos faltaba!
(Se sienta muy pensativo.)
LUISA. ¿Qué tienes, Tomás, qué tienes?
¿Nada has conseguido?
TOM. Nada.
Á tres puertas he llamado...
LUISA. ¿Y qué?
TOM. Todas tres... cerradas.
LUISA. Tu maestro...
TOM. Mi maestro
no tiene. Yo confiaba

en que á cuenta de trabajo...
pero es tal nuestra desgracia,
que ni aun asi.

LUISA. No te aflijas,
Tomás, por Dios, no te abatas.

TOM. ¡No hay caridad en el mundo!

LUISA. ¡No hay caridad! ¡Y asi habla
el que ha tres años la ejerce
con el anciano que acaba
de salir!

TOM. ¡Y este es el pago!
Vendrá el dia de mañana ..
¿y qué recurso nos queda?

LUISA. Dios, que nunca desampara
al que de veras confia
en su bondad soberana.

TOM. ¡Ay!

LUISA. Por estas amarguras
debemos darle las gracias.
¿Qué es el mundo? Bien lo sabes;
no es mas que un valle de lágrimas,
donde, padeciendo un dia,
un bien eterno se gana.
Que la fé no te abandone;
que te aliente la esperanza,
ya que eres caritativo
y grande y noble es tu alma.

TOM. (Levantándose y con efusion.)
¡Ah! si todas las mujeres,
como tú piensas, pensaran!
Eres un ángel, Luisa:
Dios por tu boca me habla,
y ya... ni el dolor me abate,
ni las penas me acobardan.

ESCENA VII.

DICHOS, ISABEL en traje muy humilde.

ISABEL (Desde la puerta del foro.)
¡Aqui están... oh, me avergüenzo!...

LUISA. Una mujer...

TOM. ¿Qué querrá?
ISAB. (Adelantándose.) Encontré la puerta abierta,
y... me habrán de perdonar,
si me atrevo...
LUISA. (Mirándola con mucha atencion.)
¿No me engaño?
No.
ISABEL. ¡Dios mio!
LUISA. ¡Isabel! (Tendiéndole los brazos.)
ISABEL. (Arrojándose con ellos.) ¡Ah!
¡Siempre la misma nobleza!
¡Cuánta generosidad!
LUISA. ¿Quién te trae?...
ISABEL. Mi desgracia
y el deseo de alcanzar
un perdon que no merezco.
TOM. (Ap.) ¡Pobre mujer!
Mi impiedad
no tiene ejemplo en el mundo;
y si Dios fuerzas me dá
para que viva muriendo,
es por castigarme mas.
LUISA. Quien se arrepiente de veras...
ISABEL. Ya es tarde, el mundo dirá,
y tendrá razon sobrada.
Él, que me ha visto brillar,
entregada á los placeres
del lujo y la vanidad,
de mi dolor y mis lágrimas
con gozo se burlará,
hoy que, pobre y desvalida,
me vé á estas puertas llegar,
casi de andrajos cubierta,
implorando caridad.
LUISA. Nada te importe el juicio
que el mundo pueda formar.
ISAB. ¡Mi tio!...
LUISA. Es muy generoso,
y al fin te perdonará.
ISAB. Antes de partir, quisiera
una vez sus pies besar,
y oir solo una palabra

de perdon y de piedad.

LUISA. ¿Vas á partir?

ISAB. Si, Luisa,
para no volver jamás
donde todo me recuerda
mi afrentosa iniquidad.
Abatido nuestro orgullo
hasta la miseria está,
y en medio de su justicia
Dios se ha querido apiadar
de nosotros. Un amigo,
que se oculta con tenaz
empeño, envió á mi esposo
el nombramiento real
para un destino, en que al menos
no ha de faltarnos el pan,
que ya aqui nos ha faltado.

LUISA. ¡Dios mio!

ISAB. ¡Asi es la verdad!
¡Cuántas veces la memoria
me ha venido á atormentar
de los consejos que un dia...
me dió tu buena amistad!

LUISA. (Desentendiéndose y con dolor.)
¿Y os marchais pronto?

ISAB. (Con timidez.) Tan luego
como se pueda encontrar
quien nos preste algun recurso
para el viaje. Por mas
que hemos buscado... Nos piden
prenda ó fianza... y fiar
á un pobre...

TOM. Ninguno quiere.
(Ap.) Harto lo sé... por mi mal.

LUISA. Yo quisiera...

ISAB. ¡Ah, no, Luisa:
si te he llegado á contar
nuestra miseria, es tan solo... (Pausa.)

LUISA. (Como inspirada por una idea.)
Aguarda aqui.

ISAB. ¿Adónde vas?

LUISA. Voy á probarte que el tiempo

no ha borrado mi amistad.
La mujer, cuyo cariño
fué un cariño maternal
para mí, me dió á su muerte
una prenda, que jamás
sin veneracion profunda
hasta hoy me atreví á tocar.
Es un medallon, que acaso
el secreto encerrará
de mi triste nacimiento...
fué de mi madre... ¡Tomás! (Llorando.)
Isabel para nosotros
es una hermana... aliviar
podemos su triste suerte...
¿Quieres?...

TOM. (Afirmando.) Es tu voluntad.
(Ap.) ¡De su situacion se olvida,
por salvar á los demas!

ISAB. ¡Luisa! ¡Tanto sacrificio!...

LUISA. (Á Tomás, estrechándole las manos con efusion.)
¡Ah, Dios te lo premiará.
(Váse por la puerta izquierda.)

ESCENA VIII.

ISABEL, TOMÁS.

ISAB. Un ángel, no una mujer
es Luisa, ¡oh, qué corazon!

TOM. ¡Si el mérito de esa accion
pudiera usted comprender!
Si el sacrificio que encierra
llegara á saber un dia...
¡ah! con mas razon diria
que es un ángel en la tierra!

ISAB. Yo no puedo permitir
tal sacrificio... ¡Dios mio!
¿Dónde, dónde está mi tio?
Quiero abrazarle y partir.

TOM. Su tio de usted salió,
pero pronto volverá.

ISAB. ¡Cielo! ¿me perdonará?

TOM. Tiempo ha que la perdonó.
ISAB. Pero ahora... ya será en vano
querer echarme á sus pies.
TOM. Guardar no puede interés.
Tiene su sangre... es cristiano.

ESCENA IX.

DICHOS, MIGUEL.

MIG. (En la puerta del foro con un papel en la mano, que guarda, despues de decir aparte los dos primeras versos.)
Aqui está, (Por el papel.) guardarlo quiero,
y en llegando la ocasion...
¡Dios mio, su salvacion
es para mí lo primero! (Entra.)
ISAB. ¡Mi tio!
MIG. (Ap.) ¡Aqui una mujer!...
ISAB. (Id.) ¡Dios me dé fuerzas ahora!
TOM. (Á Isabel por lo bajo.) ¡Valor!
ISAB. (Id.) ¡Cielo!
TOM. (Á Miguel.) Esta señora...
dice que á usted quiere ver.
MIG. ¿A mí?
ISAB. (Ap.) ¡El dolor me asesina,
y no sé cómo empezar!
(Alto y acercándose con temor á Miguel.)
¡Señor!...
MIG. (Ap.) ¡Esto es singular!
¡Es la voz de mi sobrina!
(Alto.) ¿Quién es usted? (Ap.) ¡Corazon,
calla, y no me des tormento!
ISAB. ¡Soy... el arrepentimiento
que á buscar viene el perdon!
Sé bien que el perdon que imploro
mi ingratitud no merece;
pero...
MIG. ¡Ah!
ISAB. Usted se compadece
de estas lágrimas que lloro.
Su corazon no es cruel,

y yo en su bondad confío.
¡Tío... no, no, padre mio,
compasion para Isabel!
(Quiere tomarle la mano.)

MIG. (Haciendo un esfuerzo y retirándola.)
¿Isabel? ya para mí
ha tres años que murió.
¡Su ingratitud la mató...
luto por ella vestí!

ISAB. Si Dios con su criatura,
siendo Dios, la ofensa olvida,
¿no ha de volverme la vida
de su amor esta amargura?
¿Desoirá usted inclemente
á la que hoy ¡padre! le llama,
cuando Dios perdona... y ama
al que llora y se arrepiente?
Él detesta la arrogancia,
pero á la humildad... se inclina.

MIG. ¡Esa... esa fué la doctrina
que yo te enseñé en la infancia!

ISAB. ¡Doctrina que yo olvidé
ciega por la vanidad!

MIG. Siempre de la adversidad
germen el orgullo fué.

ISAB. Para que mas sufra y pene
en medio de mi dolor,
he conocido mi error,
cuando remedio no tiene! (Llora.)

MIG. Si rica hubieras venido,
aunque me hicieran pedazos,
nunca te abriera mis brazos;
pero hoy... ya todo lo olvido.
¡Ven! (La abraza.) El dolor que atesoras
y que ese llanto me explica,
vale mas... ¡Si fueras rica,
no lloraras como lloras!
Por un noble sentimiento
has trocado la riqueza.
¡Bendita sea la pobreza
que dá el arrepentimiento!
¡El llanto es la expiacion

que borra tu ingratitud!
La fuente de la virtud
está en la resignacion.
Si, hija mia, en santa calma
sufre las penas y enojos,
y vé enseñando á tus ojos
á purificar tu alma.

ESCENA X.

DICHOS, LUISA.

LUISA. (Con un medallon en la mano.)
¡Isabel!
ISAB. ¡Hermana mia!
LUISA. (Dándole el medallon.)
Corre al instante, Tomás.
ISAB. (Apoderándose del medallon.)
No lo consiento, jamás.
Antes de hambre moriria.
MIG. ¿Qué es eso?
ISAB. Que por hacer
á un pobre un gran beneficio,
no le arredra el sacrificio...
Esto se puede perder.
(Por el medallon.)
Y al fin, siendo una memoria
de tu madre... Á mi buen tio
lo entregaré. No me fio,
que es tu caridad notoria.
Dios hará que mi deseo
se cumpla de otra manera.
Yo hallaré... Y, si asi no fuera,
¿qué importa?
(Dá el medallon á Miguel.)
MIG. (Con asombro.) ¡Cielos, qué veo!
LUISA. (Con ansiedad.)
¿Usted conoce?
MIG. (Examinándolo y abriéndolo.) ¡Dios mio!
LUISA. ¡La duda me está matando!
MIG. (Fuera de sí.)
¡Decidme si estoy soñando,

ó estoy loco, ó desvario!
(Examinando alternativamente el medallon y á Luisa.)
¡Luisa... este medallon! ..

LUISA. Fué de mi madre, ¡ay de mí!
á quien nunca conocí.

MIG. (Lanzándose al cuello de Luisa.)
¡Hija de mi corazon!! (Pausa.)

TOM. ¡Él... su padre!

ISAB. ¡Cielo santo!

LUISA. ¡Ah, padre mio!

MIG. ¡Hija mia!
¡Algo aqui (Señalando al corazon.) me lo decia!
¡Por eso te amaba tanto!

ESCENA XI.

DICHOS, TEODORO.

TEOD. (Con un legajo de papeles, desde la puerta del foro. Ap.)
¡Ah, mi victoria es segura!
Al cabo la ha perdonado.
(Alto.) Aqui estoy. Poco he tardado.
Al fin se hizo la escritura.

MIG. Llega usted en un momento
en que el placer me enloquece.
Si, señor... ¡ay! me parece
que á morir voy de contento.
No querrá usted que se aflija
en este instante dichoso
un padre que, venturoso,
de hallar acaba á su hija.

TEOD. ¡Su hija!

MIG. Si, señor, si;
á quien por muerta he llorado,
antes de haberla abrazado.
Dios lo habia querido asi.
¿Hizo usted mi peticion?
Ya no nos echan ¿verdad?
Hoy fuera una crueldad.
¡Hijos de mi corazon! (Abrazándolos.)

LUISA. Yo por mi padre le pido...
TOM. Señor, yo trabajaré,
y todo lo pagaré.
TEOD. (Ap.) ¡Qué escena! ¡Estoy conmovido!
MIG. (Con resolucion, ap.)
¡Allí al menos me verán
y no les seré gravoso!
(Alto á Teodoro.)
Señor, yo seré dichoso,
si ellos de aquí no se van.
Yo para mí nada quiero.
Tengo un cuarto ya elegido;
¿vé usted? (Enseñándole un papel.)
y hasta he recogido
el recibo del casero.
TEOD. (Despues de examinar el papel, con asombro.)
¡Usted!... ¡Ah, ya lo adivino!
(Mostrando el papel.)
Los quiere asi libertar...
Licencia para ingresar...
TOM. LUISA. ISAB. ¿En dónde?
TEOD. ¡En San Bernardino!
LUISA. ¡Padre!
TOM. ¡Señor!
ISAB. ¡Dios clemente!
MIG. Ya ireis á verme los tres.
En mi casa. Aquella es
la casa del indigente.
¿No es verdad? (Á Teodoro.)
TEOD. ¡Ah! No, señor:
usted no es tan desgraciado,
que no disponga á su agrado
de otra en que estará mejor.
MIG. ¡Yo!
TEOD. Si, la casa en que está
es suya, le pertenece...
MIG. ¿Se burla usted?
TEOD. (Mostrando la escritura, y entregándosela.)
Me parece
que aquí claro lo dirá.

Téngalo usted por muy cierto.

MIG. ¡Será una equivocacion!

TEOD. Es una restitucion
de un comerciante que ha muerto.
Antes de ir usté á la Habana...

MIG. ¡Mi depósito negado!

TEOD. Si, yo he sido el encargado
por él, y ya esta mañana....

MIG. ¡Cielos!

TEOD. Pero ha establecido
para ello una condicion.

MIG. ¿Cuál?

TEOD. Que dé usted su perdon
á Isabel...
(Saliendo á la puerta del foro y volviendo con Eduardo de la mano.)
y á su marido.
Pobres son, y en su indigencia
no aspiran á otra merced
que á que los acoja usted
con su paternal clemencia.

MIG. ¡En mis brazos! (Los abraza.)

TOM. (Á Teodoro.) ¿Y el Baron?
Que no venga por acá.

TEOD. Ese... bien seguro está.

TOM. ¿Lo han metido ya en prision?

TEOD. No, ya á Dios cuenta habrá dado
de su desastrosa vida.
Acabó ayer en suicida
quien vivió como un malvado.

TOM. ¡Pobre!

MIG. (Á Eduardo.) En eso eres prudente,
y no lo debo estorbar.

EDUAR. Desde hoy lo quiero ganar
con el sudor de mi frente.

TEOD. (Aparte.) ¡Dios mio, ya estoy contento,
al ver que todo les sobra!
Siquiera esta buena obra,
entre tantas malas, cuento!

MIG. (Á Teodoro.) Señor, ya que de ventura
su afecto asi nos calmó,
dígame usted, ¿qué hago yo

de esta... llovida escritura? (Estrechándole la mano y con intencion.)
Vale el dinero tan poco
para mí, que el que se afana
por juntar hoy y mañana,
me parece que está loco.
Yo pronto saldré de aqui...

TEOD. Pero sus hijos se quedan
y harán todo el bien que puedan.

MIG. Quiera Dios que obren asi.
Que nunca la vanidad
turbe su tranquila calma,
que abriguen siempre en el alma
fé, esperanza y caridad.
Hijos, que el orgullo necio
jamás en vosotros obre,
y cuando encontreis á un pobre
no lo trateis con desprecio.
Porque Dios ha decretado
que aqui el hombre sufra y pene,
y el que mas orgullo tiene
ese es el mas desgraciado.
De aquel que con su opulencia
hasta al cielo desafia,
mas lástima nos daria,
si vieramos su conciencia.
Hijos del alma, pensad
que aqui somos peregrinos,
y que todos los caminos
llevan á la eternidad.
Pensad que la elevacion
que dá al hombre la riqueza,
desvanece la cabeza
y extravia el corazon.
El que busca la subida,
sin mirar nunca hácia atrás;
no vé que el que sube mas
mas grande dá la caida.
¡Si el cuerpo que el alma encierra
á la tierra ha de volver,
vale mas, para caer,
estar cerca de la tierra!

Y pues todo aquí vacila,
y allá es inútil el oro,
el verdadero tesoro
es la conciencia tranquila.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia no hallo inconveniente alguno en que su representacion sea autorizada. Madrid 3 *de Febrero de* 1860.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.